



La liberación de Spínola ha sido determinada por "la falta de indicios suficientes de culpabilidad con relación al golpe de Estado del 11 de marzo de 1975", según dice la orden de libertad firmada, en solitario, por el Presidente Eanes. En la foto: el ex general sale de la cárcel.

LAS CORRECCIONES DEL FASCISMO

ENTRE la "revolución" del 25 de abril de 1974 y el regreso y liberación de Spínola han transcurrido en Portugal veintiocho meses de una historia superficialmente agitada, truculenta y espectacular que parece haber vuelto al punto de partida: un movimiento de corrección del largo y apurado fascismo. O una adaptación a los nuevos modos de vida occidentales y a la necesaria descolonización que marcan esta etapa histórica del área. Los sucesos de Portugal aparecen curiosamente mezclados a otros de un valor parecido, aunque repletos de anécdotas y desarrollos distintos: la caída del fascismo en Grecia y la sensible modificación del régimen autoritario y personal en España, más algunos movimientos más suaves, menos acentuados, de rectificación en Turquía. Todos ellos produjeron en su momento una fruición exagerada de los esperanzados. Con la tendencia mítica a subrayar el "sentido de la historia", la aparición de los tres elementos democratizadores nacionales pudo hacer ver como una especie de destino común europeo producía el regreso de "lo natural". Habría que ver, y quizá puedan considerarlo mejor los historiadores futuros, si consiguen encontrar algunas fuentes puras, en qué medida estos movimientos son casualmente simultáneos, si proceden de un "espíritu" o si, por el contrario, están dictados y determinados por algún centro de decisión relativamente lejano.

El movimiento portugués del 25 de abril de 1974 estaba ya pre-

figurado en algunos sucesos anteriores. En 1968, la enfermedad del viejo y aparentemente eterno dictador Salazar, que había dado su nombre —"salazarismo"— a la peculiaridad portuguesa del fascismo desde que llegó al poder absoluto en 1932, llevó al poder a Caetano. Caetano esbozó unos intentos de liberación; buscó la creación de una oposición, una forma de elecciones para un parlamento más representativo y alguna manera de solución de la guerra colonial. En alguna medida sus intenciones se parecían ya a las que hacían esas fe- chas se estaban buscando en Es-

paña y, sobre todo, a las que iniciaría el presidente Arias unos años después, en la etapa previa y en la inmediatamente posterior al levantamiento del contencioso personal que bloqueaba el régimen. Los intentos de corrección en la política de los dos países de la Península fueron débiles y sin fortuna. Caetano no obtuvo respuesta de la oposición, que no encontró las garantías personales y políticas necesarias para esta conversión del régimen, como iba a pasarle a Arias, y también los dos se encontraron con una resistencia encarnizada por parte de los elementos más conservadores del régimen: lo que en España se comenzó a llamar el "bunker". Casi al mismo tiempo pasaban en Grecia acontecimientos paralelos. Una suavización de la dictadura establecida a raíz de la guerra civil (en la posguerra mun-

dial) comenzaba a dar nueva importancia al parlamentarismo, a la oposición no comunista. Se anunciaban ya elecciones libres, y se veía como posible un triunfo del liberalismo de izquierdas centrado en el viejo político Papandreu. Había, igualmente, la oposición del "bunker". Los desenlaces aparecieron entonces distintos. En Grecia ganó el "bunker": fue el golpe de Estado de "los coroneles" de abril de 1967 y el refuerzo del fascismo. En Portugal y en España los débiles intentos de liberación fueron contenidos por la fuerte dosis de conservadores en puestos de poder. Cae-

tano no siguió adelante. En España los sucesivos gobiernos han continuado los movimientos correctores del régimen autocrático en la medida en que son capaces —por su mentalidad y por la fuerza de la resistencia— y, al mismo tiempo, ha ido creciendo la oposición de los continuistas.

Portugal se encontraba en 1974 en un punto muerto. Caetano había desistido de su principio de liberalización, la guerra colonial continuaba y el país no era capaz de adaptarse a las formas o estilos de Occidente. El movimiento corrector tenía que producirse con alguna fuerza. Un general de prestigio, Spínola, lo había programado ya en un libro que se hizo famoso y que tuvo la suerte de ser prohibido y secuestrado: "Portugal y el futuro". Ninguna duda con respecto a Spínola: combatiente —al lado de

Francó— en la guerra civil española, germanófilo —hitleriano— durante la segunda guerra mundial, combatiente en Angola. Lo que Spínola propugnaba era más o menos la famosa frase de "todo debe cambiar para que todo siga igual": una democracia controlada. Apareció como héroe de la revolución del 25 de abril, que barrió rápidamente los aspectos externos del fascismo y abrazó un aspecto popular, incluso de frente popular, con el regreso de los exiliados y la resurrección de los partidos políticos. Los que vivieron el 1 de mayo de 1974 en Lisboa con su clásico estallido de cánticos y banderas creyeron hallarse ante el alba de una época nueva. En realidad, todo estaba controlado y medido. La revolución portuguesa estaba vigilada por dentro y por fuera. Cada vez que iba a dar un paso más allá de lo previsto, surgía la corrección exterior. Podía ser en forma de advertencia económica desde Europa o en forma de aparición de barcos de Estados Unidos, cargados de "marines", en sus costas. El embajador de Estados Unidos no cerró nunca su boca. Toda una campaña de propaganda estaba cuidadosamente montada desde fuera. El partido comunista portugués fue un colaborador —un "tonto útil"— de esta situación, con sus maximalismos. Los partidos comunistas suelen ser los más aguerridos, los más tenaces, los más constantes en las situaciones clandestinas: esto les hace creer, junto con su optimismo doctrinal, que ciertos momentos históricos les son ya enteramente favorables. Miden mal sus fuerzas. Alvaro Cunhal fue en esto, como en otras cosas, un dirigente comunista clásico. Más realista, menos comprometido con un programa o una doctrina, mejor observador de la realidad mundial, el socialista Soares entendió de otra manera su papel y el de su partido, hasta llegar —ahora, claramente— a una alianza con la derecha moderada. El maximalismo comunista y el aventurerismo de algunos militares —Saraiva de Carvalho— favorecieron la contrarrevolución. Produjeron algunos peligros para la corrección controlada del fascismo anterior. Spínola tuvo que salirse de su papel de Presidente democrático para intentar evitar el deslizamiento de la "revolución" hacia una auténtica revolución: fue su golpe de Estado del 11 de marzo de 1975. Le fracasó y huyó. Pero había dejado el poder en unas manos mesuradas y controladoras: las de su antiguo jefe. Un intento de movimiento de la extrema izquierda, del general Saraiva de Carvalho, fue yugulado. Después se precipitaron los acontecimientos constitucionales: elecciones generales, elección de Presidente de la República en un militar de la derecha —Ramalho Eanes—, gobierno socialista apoyado en la derecha. En estos días, unos acontecimientos simultáneos: el debate de investidura del gobierno en el nuevo Parlamento, sin más oposición que la comunista, pero con la abstención comunista a la

LAS CORRECCIONES DEL FASCISMO

hora de votar (o más bien con la renuncia por parte de Alvaro Cunhal de presentar una moción de censura, que no hubiera recogido más votos que los de su partido: cuarenta), modificación profunda en el Consejo de la Revolución y cambios en los mandos militares, todos ellos en el sentido de mayor apoyo al Presidente de la República. Quien, por encima de Soares y del Parlamento, investido con su cargo civil de presidente de la República, con el de presidente del Consejo de la Revolución y con el mando de las Fuerzas Armadas, representa un alto poder personal. Está visible en la orden que ha dado para que Spínola sea puesto en libertad. La firma él solo. "El Consejo de la Revolución ha tomado conocimiento y se ha mostrado de acuerdo con el jefe del estado mayor de las Fuerzas Armadas, el Presidente Ramalho Eanes, en lo que concierne a la situación del ex general Spínola", dice el Consejo. Simplemente, se ha enterado. La orden de libertad firmada por Ramalho Eanes explica que "la falta de indicios suficientes de culpabilidad con relación al golpe de Estado del 11 de marzo de 1975" ha determinado la liberación de Spínola. Esta declaración es sorprendente: cambia todo lo que se sabe. Queda, sin embargo, la posibilidad de que Spínola fuese, como parece haberse probado, partícipe en "las actividades criminales del MDLP"; el Movimiento Democrático de Liberación de Portugal preparaba un golpe de Estado, una revolución de derechas, según fue oportunamente denunciado. Spínola parece —según el Presidente de la República— haber tenido participación en ellos, y "una eventual tentativa de adquisición de armas con fines ilícitos". Indicios de delito que no parecen suficientes para mantenerlo detenido. Está en libertad, con todos los derechos inherentes a su condición de ciudadano portugués. Excepto su pertenencia al Ejército. Que puede serle devuelta. Si realmente nunca intentó un golpe de Estado, ¿por qué no ha de volver a ser militar?

La rehabilitación y el regreso de Spínola son bastante más que un indulto o una forma de amnistía: representan el reconocimiento de que se ha vuelto al punto de partida. Es decir, a la revolución pactada del 25 de abril, no a la externa, no a la de cánticos, banderolas y pintadas, sino a la interna. Al movimiento corrector de un fascismo incómodo y fuera de las formas necesarias para formar parte de los esquemas de Occidente. Los episodios de estos veintiocho meses parecen haber terminado. Dentro de la OTAN, dentro de la zona de influencia de los Estados Unidos, dentro de la línea establecida por países como Alemania Federal, con su gobierno socialdemócrata y su

gran poder capitalista, con su control estrecho de los movimientos de izquierda. Aun con la legalización de todos los partidos políticos. Más o menos, como en la Grecia de Karamanlis. Con otro aspecto. En Grecia el poder es visiblemente civil, y la autocracia consiste en unas fórmulas electorales que permiten una mayoría absoluta de la derecha: en Portugal el poder es esencialmente militar, con la colaboración de civiles que, como Soares, se avienen a dar un tono de izquierdas a la gobernación del país.

Hay unas consecuencias que extraer de todo ello. Probablemente, que se está tratando a toda costa de dar fin a los regímenes supervivientes de la gran oleada nazi-fascista de los años veinte y treinta, como un medio de impedir el juego antifascista de la izquierda. Porque las nuevas modalidades del capitalismo de grandes mercados nacionales lo necesitan, y como una respuesta de aspecto democrático a la Unión Soviética. Con tan buen resultado que hasta los partidos comunistas de éstos y otros países occidentales repudian ya el régimen soviético, no obstante ser ahora menos duro, más abierto que en la época en que esos mismos partidos, y sus dirigentes actuales, florecían. Se está tratando de conseguir, no sin resultados, ofrecer una imagen alternativa válida, de carácter democrático, al régimen soviético. Esa imagen no era válida ni aún en los países más abiertos como consecuencia de las contracciones sufridas durante la guerra fría; la contraposición libertad-opresión, no estaba bien dada, y la idea del "mundo libre" era más bien caricaturesca. No cesan de plantearse riesgos graves, como los que ha corrido Portugal o como los de Italia, en este momento, donde la asunción por parte del partido comunista de las premisas de democracia, libertad real y justicia social, progresan por la invalidez de los gobiernos descendientes de la guerra fría. Los movimientos correctores de los fascismos están progresando.

¿Puede servir de algo toda esta hipótesis para comprender el momento español y su futuro? Quizá la de que el "bunker" no podrá prevalecer, porque su persistencia no está programada: quizá también la de que pueda tener un repentino poder, como lo tuvo al final de Caetano o en el momento de los intentos de democratización de Grecia, pero que siempre estará en contra de corriente y, a la larga, por una vía o por otra, tendrá que ceder. Pero también, que no se trata de una subversión de los grandes valores políticos ni económicos, y que los maximalismos de la oposición tampoco van a poder salir adelante. Una fórmula del tipo Soares-Eanes, o del tipo Karamanlis, parece ser la establecida en Occidente para el final de los regímenes personales en esta época histórica. A menos de que España vaya a enlazar con la siguiente época histórica. ■

Intranquilidad, disturbios

Polonia busca una democracia

Polonia conoció en 1970 una ola de disturbios que comenzó en la ciudad de Dantzig —la misma cuya ocupación por Alemania desencadenó la segunda guerra mundial— y se extendió rápidamente por el país. Fue, como en un país occidental, un problema de alza de precios y de contención de salarios. El primer secretario general del partido, Gomulka, ordenó una represión. Gomulka había obtenido el poder en una situación similar producida en junio de 1956, en la ciudad de Poznam: estudiantes y trabajadores reclamaban la extensión a Polonia de los beneficios de la destalinización (Stalin murió en marzo de 1953), y la implantación de un régimen más liberal. Se les concedió la liberalización con la entrega del poder a Gomulka, que había sido expulsado del partido por los stalinistas en 1948. Pero cuando se produjeron los sucesos de Dantzig, Gomulka se produjo con dureza. No consiguió sin embargo reprimir los disturbios, y de nuevo el pueblo polaco pareció ganar su causa: Gomulka fue destituido. El hombre que fue despedido en 1948 por liberal, lo fue de nuevo en 1970 por autócrata. Es una paradoja que ilustra las condiciones del político en general. Se ha repetido con Eduardo Gierak. Sustituto de Gomulka en 1970, para producir las reformas requeridas por el pueblo polaco, se encuentra ahora en posición y disposición de reprimir. No solamente ha reprimido a los autores de las violencias actuales, sino precisamente a los de las de 1970 que le condujeron al poder. Se cita entre los sancionados a Jacek Kuron, un intelectual que se ha distinguido políticamente por una carta a Berlinguer en la que abraza los puntos de vista del eurocomunismo expresado en Italia y señala las condiciones de vida que existen actualmente en Polonia.

Las perturbaciones comenzaron el 25 de junio. El gobierno anunció una subida en los precios de la alimentación de un 60 por 100. El circuito de producción y venta de alimentos es en Polonia gubernamental. El gobierno había conse-

guido mantener estables esos precios, y esa estabilidad era la base para mantener los salarios bajos. Inmediatamente estallaron disturbios en todo el país: huelgas, manifestaciones, algunos motines. Aunque la represión fue discreta, dos manifestantes resultaron muertos: el Gobierno dice que 75 policías fueron heridos. Pero el reflejo gubernamental fue rápido: inmediatamente se anunció que quedaban suspendidas las alzas de precios. Pero no definitivamente: se estudiaría la cuestión con más cuidado. Pero el Gobierno no pudo resistir la siempre nefasta tentación de responder con el "reflejo de autoridad". Trece personas fueron condenadas a largas penas de prisión por destrucción de propiedades del estado, otras 53 condenadas por diversos delitos, y otras muchas detenidas en espera de proceso. Entre ellas, como queda dicho, algunos de los miembros de los comités de huelga de 1970 y otros que no han participado directamente en estos movimientos, pero que son considerados como disidentes políticos. La cuestión comienza a desbordar los simples problemas de precios-salarios, para convertirse ya en una incomodidad política: se plantea la necesidad de reformar enteramente el sistema de gobierno. Es decir, la crisis social se ha convertido automáticamente en crisis política.

Se plantea una vez más cuestión de si el partido es representativo o no. De otra forma: se necesita una democratización. Un periódico de Varsovia ha escrito en un editorial: "La dirección (del partido) con el camarada Eduardo Gierak a la cabeza, ha subrayado numerosas veces que en la etapa presente de Polonia, dado el nivel intelectual y político actual de la clase obrera polaca y de toda la sociedad, la subestimación de estas aspiraciones democráticas conduciría a graves tensiones sociales". Y dice que "el partido ha rechazado los métodos autocráticos desacreditados del pasado, fundados sobre la sustitución de las decisiones colectivas